

De la herida colonial al caudillo: el personalismo estructural en América Latina

Rodríguez Cuatianquiz Elisa Marisol

Facultad de Ciencias Políticas y Sociales



América Latina ha sido concebida históricamente como una región de contrastes y heterogeneidades, marcada profundamente por la colonización europea y sus efectos prolongados en las estructuras sociales y políticas. Como señala Aricó (1999), aunque existe un terreno histórico común en la región, este se encuentra atravesado por una “herida colonial”, caracterizada por el despojo, la violencia y la imposición de modelos externos de organización política y económica. Esta herencia generó estructuras institucionales frágiles y sociedades jerárquicas, lo que dificultó la consolidación de formas colectivas de autoridad estables.

E

n este contexto, emergió el personalismo como forma predominante de ejercicio del poder. Este fenómeno, entendido como la concentración de autoridad en la figura de un líder cuya legitimidad descansa tanto en su capacidad de mando como en su representación simbólica de la cohesión social, permitió la consolidación de caudillos durante el siglo XIX.

La herencia colonial y la fragilidad institucional

La colonización no solo implicó dominación territorial, sino también la imposición de jerarquías raciales, económicas y culturales que estructuraron sociedades profundamente desiguales. Tras los procesos de independencia, los nuevos Estados latinoamericanos heredaron instituciones débiles, economías dependientes y profundas divisiones internas.

Desde el positivismo y el determinismo geográfico, se difundió la idea de que el progreso político estaba condicionado por factores climáticos y culturales, favoreciendo supuestamente a las regiones templadas europeas. Estas perspectivas eurocéntricas naturalizaron las desigualdades y reforzaron la noción de que América Latina requería liderazgos fuertes para alcanzar el orden y el progreso.

Así, la centralización del poder en figuras individuales fue justificada como una necesidad histórica frente a la inexperiencia democrática y la fragmentación social.

La debilidad institucional también estuvo marcada por presiones externas y dependencia económica respecto de potencias capitalistas avanzadas, esta combinación de factores internos y externos fortaleció la centralidad del individuo por encima de las normas institucionales, consolidando un patrón político donde la legitimidad emanaba de la figura del líder más que del Estado mismo (Oviña, 2024; Alzate, 2019).

Durante el siglo XIX, el personalismo se convirtió en una estrategia de gobernabilidad ante la ausencia de instituciones plenamente funcionales. Los líderes —frecuentemente provenientes de élites militares, políticas o económicas— asumieron un papel central en la organización del orden social y la administración de recursos públicos. En muchos casos, su autoridad sustituyó el funcionamiento institucional.

El personalismo no se sostuvo únicamente por condiciones estructurales, sino también por elementos culturales e identitarios. Wood (2011) señala que, en el caso de Las Antillas, la formación de lo local y nacional emergió de la interacción entre matrices culturales europeas y africanas, mientras que el legado indígena, aunque invisibilizado, persistió como memoria reivindicativa.

El personalismo político ha tenido efectos duraderos en la configuración del Estado latinoamericano. Al privilegiar la figura del líder por encima de las instituciones, reforzó patrones de desigualdad, reprodujo relaciones de dependencia y limitó la consolidación de mecanismos democráticos plenamente funcionales. La autonomía institucional quedó subordinada a la voluntad individual, generando ciclos recurrentes de concentración de poder.

Reconocer el origen histórico y simbólico del personalismo permite comprender cómo los caudillos del siglo XIX moldearon la política latinoamericana y por qué la centralidad de la autoridad individual continúa siendo un desafío.